



BOLETIN
SERPAJ

SERVICIO PAZ Y JUSTICIA - PANAMÁ

No.7 SEPTIEMBRE - 1985

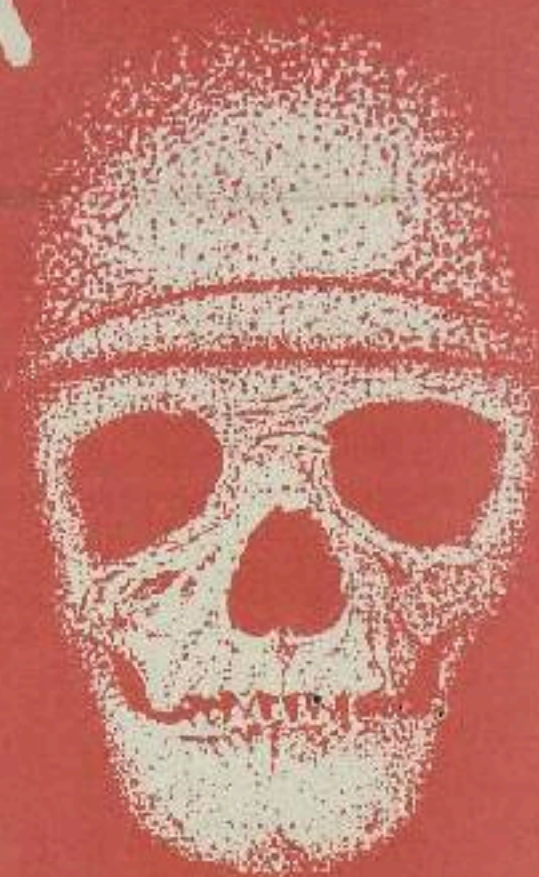
APDO. 861. Pmá.1, Pmá. Tel.: 22-8180

JORNADAS POR LA PAZ EN CENTROAMERICA

CENTROAMERICA
EN LA ENCRUCIJADA

LA GUERRA O LA PAZ

29 al 31 de Octubre 1985



SERPAJ - PANAMA INFORMA:***DERECHOS HUMANOS**

En días pasados se realizó un seminario sobre Derechos Humanos, el cual tuvo muy buena acogida por todos los participantes. Este seminario estuvo a cargo del Lic. Alvaro Díaz y la Lic. María Cristina, miembros de CODECAL (Corporación Integral para el Desarrollo Cultural y Social) Colombia. Dicho seminario fue convocado por SERPAJ en colaboración con el Hogar Monerri.

JORNADAS POR LA PAZ EN CENTROAMERICA**DOMINGO 22 DE SEPTIEMBRE:**

A las 4:00 p.m. en el Centro Parroquial de "Cristo Liberador" celebración y convivio de solidaridad centroamericana.

LUNES 23 DE SEPTIEMBRE:

A las 7:00 p.m. en el local del Magisterio Panameño Unido: Acto Político Cultural con la participación del Dr. Adolfo Pérez Esquivel, Premio Nobel de la Paz, 1980, y Rev. Norman Bent, pastor de la Iglesia Morava y Coordinador de SERPAJ en Nicaragua.

¡CONTAMOS CON SU PARTICIPACION!!!**II FORO POR LA PAZ Y LA SOBERANIA DE LOS PUEBLOS:****"CENTROAMERICA EN LA ENCRUCIJADA: LA GUERRA O LA PAZ".**

Del martes 29 al jueves 21 de octubre de 1985, en el Paraninfo Universitario.

Auspiciadores: Universidad de Panamá, Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA), Servicio Paz y Justicia, Centro de Estudios y Acción Social de Panamá (CEASPA) y El Centro de Información y Documentación sobre Centroamérica (CIDCA).

*** La guerra sucia de los paladines de la libertad.**

De la revista "VIDA NUEVA" No. 1.490/3-10 de agosto de 1985 hemos extraído el siguiente artículo. Se trata de un comentario de Teófilo Cabestrero acerca de su libro "Nicaragua: crónica de una sangre inocente" — la guerra sucia de los paladines de la libertad —, escrito en las montañas de Nicaragua.

«Esta guerra que financia Estados Unidos a la contra, la sufrimos nosotros, los pobres campesinos indefensos». Así me habló un campesino en las montañas de Nicaragua por donde pasan las fuerzas del FDN, «la contra».

Del 4 al 20 de febrero de 1985 escuché, por dos zonas del norte de Nicaragua, 60 testimonios de personas civiles que han sido víctimas de secuestros, emboscadas sangrientas, violaciones y agresiones de la contra o que han sobrevivido a las matanzas, donde sus familiares o compañeros civiles han sido asesinados.

Todos los relatos de hombres y mujeres escuchados, campesinos pobres en su mayoría, llegaron a mis notas y a la grabadora, y han pasado a estas páginas, con el respeto sagrado que merece la sangre, la muerte, la tristeza, el terror, la zozobra y las lágrimas de los pobres. Hablan víctimas inocentes e indefensas de esta guerra sucia. Esta crónica recoge su sangre inocente, su vida asesinada o violada y rota, su tragedia ignorada. La inocencia y la sangre tienen nombres de personas y de familias, de lugares y sucesos que se suman en un grito cargado de razón para exigir que cese esta guerra y se haga la paz.

En los mismos días en que escuché estos relatos de secuestros, amenazas, torturas, violaciones, robos, asesinatos, degollamientos, destrucciones, incendios y masacres de estas víctimas civiles de la contra, oía por las noches en La Voz de los Estados Unidos de América las insistentes apologías que el presidente Reagan hace de los contras, llamándolos «paladines de la libertad y de la democracia».

El 1 de marzo, dos religiosos norteamericanos que trabajan donde opera la contra, me contaron cómo asesinó la contra en su zona a varios delegados de la Palabra de Dios, cómo dispararon al tiro al blanco sobre una niña de 11 años que gritaba aterrada «no me maten, no me maten»; cómo violaron los contras a una muchacha de 14 años y luego la degollaron, le cortaron la cabeza y la colgaron en un árbol del camino para aterrorizar a toda la comarca. Me dijeron los religiosos norteamericanos: «Yo vi que los contras no tenían ni rastro de humanidad, a su paso sembraban la muerte y el horror como los bárbaros de Atila». «Es inmoral la ayuda a la contra y llamar a los contras "paladines de la libertad" es una burla».

Ese contraste brutal entre lo que decía el señor Reagan y lo que me decían las víctimas civiles de la contra y los religiosos norteamericanos, me producía una inmensa tristeza. Yo deseé, simplemente, que el presidente Reagan pudiera escuchar a estos hombres, a estas mujeres, a estos niños, víctimas inocentes de sus «paladines de la libertad». Y que escuchara a estos religiosos, ciudadanos norteamericanos, fidedignos testigos de esta guerra en Nicaragua.

Me llamo la atención que las personas sencillas, pobres e indefensas, que me hablaban siempre con dolor y a veces con terror y lágrimas, retenían en su memoria todos los detalles de los hechos que han sufrido en su carne, en su familia, en su cooperativa o en su comunidad. Todo lo recordaban minuciosamente, aun cuando me hablasen de hechos sucedidos dos o tres años atrás. Y afirmaban su dignidad cuando lo contaban. Sabían que hacen historia cuando lo cuentan. Como me dijo uno de los dos sobrevivientes de una masacre cerca de Wíwili, un hombre atravesado por el dolor de pies a cabeza: «Mire, yo quedé vivo para contarlo, para que esto tenga historia y el mundo sepa».

Por eso decidí conservar en esta crónica íntegros, hasta en sus detalles mínimos, los relatos de los «testigos» (los sufrientes, los martirizados). Como actas judiciales. Como actas de martirios. Porque lo son. Actas que hablan con verdad de la sangre inocente y dicen que en Nicaragua el dolor es más humano y digno, más cotidiano, concreto y complejo —y la injusticia de esta guerra sucia es más cruel e inhumana— de lo que el mundo parece saber.

Con todos los que creen de verdad en el Evangelio de Jesús (los que creen que Jesús de Nazaret es el Hijo de Dios y que el Señor resucitado es el que fue crucificado y tiene el poder último para resucitar a todos los crucificados), yo ya sé que El nos dirá también: «Yo era inocente en Nicaragua, era pobre e indefenso y fui secuestrado y llevado a Honduras. Yo tuve miedo ante las amenazas de muerte, me quemaron la casa. Yo era alfabetizador. Yo era delegado de la Palabra. Yo era un servidor de la comunidad y me buscaron y me mataron a cuchilladas. Me violaron; me dejaron huérfano a los seis días de nacer; jugaron a tirar al blanco sobre mí, burlándose de mi terror infantil inocente; me degollaron; me quemaron vivo; me masacraron...».

Y, con los que creen que en esta sangre inocente hay mucho más de lo que en ella se ve y de lo que se ignora, yo sé que el Señor nos preguntará: «¿Qué hicieron ustedes?». «La sangre inocente de sus hermanos clama desde la tierra de Nicaragua».

Teófilo CABESTRERO
Managua (Nicaragua)